

Conchita Montes ha sido sorprendida por Sofia Morales —con las cuartillas en la mano— y el fotógrafo Montes un día en que la estrella era como una silueta de primavera ante su biblioteca



EL que hoy no toque ascensor en esta casa, me ha hecho comprobar por mi propia experiencia los muchos, muchísimos escalones que Conchita Montes vive sobre el nivel del mar y a veces de las nubes —depende de las presiones atmosféricas—. Claro que una vez arriba se olvida por completo que exista semejante escalera y ya nada más que tenemos ojos para hacer panorámicas por este cielo magnífico que desde aquí se divisa —un cielo que es la descarada imitación de un Patinir— y por los bellos objetos que com-

ponen el grato ambiente que rodea a la distinguida actriz.

¡Qué lástima que esta entrevista no pueda ser en technicolor! Sería un espectáculo maravilloso poderles dar el colorido exacto de este hogar de Conchita Montes; un hogar, además de bello, simpático y acogedor, que, esto sí que es importante.

No pienso hacer ninguna pregunta en esta entrevista. En todos estos bloques de letras que for-

man un trabajo periodístico, me he propuesto que esta vez no entren las interrogaciones, que además de dar a las palabras mucho aire de dolor de muelas, son una tortura para las estrellas de cine, que se pasan el día contestando preguntas y más preguntas.

Empezamos:

Ya tenemos a Conchita Montes frente a nosotros. Viste un elegantísimo conjunto azul marino y lleva puesto uno de los peinados de su colección —esta actriz nunca lleva el mismo peinado

dos días seguidos—. Los ojos son los mismos de siempre y la boca y la nariz también, cosas que fácilmente podrá comprobar el más observador de los lectores.

Nos saludamos. Mientras nos dice eso de que nos sentemos... etc..., Conchita va guillotinando con la persiana la luz espléndida que hay en la habitación, hasta dejar una luz suave y delicada que apenas resbala sobre las cosas.

—No puedo con las luces fuertes ni con los ruidos—me dice al tiempo que corre una pálida cortina sobre la ventana; una cortina lánguida como un fantasma de castillo inglés.

—No te pienso hacer ninguna pregunta—le digo para tranquilizarla.

—¿De verdad?

—De verdad, de verdad. «Palabra de honor, ni engaño a la Virgen ni engaño al Señor». Es más, no quiero que entren en esta conversación las interrogaciones. Así es que retira esas que acabas de dibujar en el aire.

—Retiradas—dice Conchita, quitando con sus manos las interrogaciones que habían quedado flotando en la estancia como volutas de humo.

Y empezamos este juego difícil de la entrevista sin preguntas.

A pesar de que la persiana y la cortina impiden que veamos, como en un cine angelical, el paso de las nubes, las presentimos rozar por nuestra frente, topándonos mansamente los pensamientos.

Conchita Montes se encontraba haciendo sus «costuras». Bordando uno de esos cañamazos que hacen quedarse calvas a las gentes; uno de sus famosos «dameros malditos». No sé qué me ha contado que le pasaba con la letra «a»...

Pienso preguntarle cuánto tarda en la confección de uno de estos cañamazos del talento; pero, ¡oh fatalidad!, el propósito que me hice al empezar esta entrevista me ata la lengua. Claro que dándole un poco la vuelta puedo enterarme sin necesidad de preguntar. Probemos.

—¡Yo tardaría años en inventar un damero de estos!—exclamo a la vista de la cuartilla que aparece sobre el sofá.

—No creas; depende. Yo a veces me hago dos en un día y en cambio otras no me salen ni en una semana.

Rodando esa bola de colores de la conversación, nos enteramos de las siguientes cosas sin necesidad de preguntar:

Que a Conchita Montes no le gusta nada la primavera ni el verano. En cambio, adora el invierno, con sus fríos, lluvias y nieves. No le ilusiona nada elegirse trajes de verano.

Que le molesta muchísimo el que por culpa de su biografía la crean una pedante. Una biografía en la que han trábajado a destajo ella y el Destino.

Que le gusta salir muy poco. Conchita Montes es de las estrellas a las que jamás se ve por la

Los pajaritos a los que Conchita debe hacer muchas preguntas, cuando no es una periodista la que ha ido a hacerlas a ella

calle. Y esto se comprende después de estar en su hogar, donde todo es bello y confortable.

... Que le distrae muchísimo hacer «tricot».

... Que no tiene una mesa de trabajo con sus papeles encima, su tintero, su pluma y su ploteado «Don Quijote de la Mancha», no. Conchita realiza sus trabajos literarios como si se tratara de una labor casera; como si bordara o hiciera vainicas. Escribe siempre sobre sus rodillas. Bueno, ya me entienden ustedes; no quiero decir con esto que la simpática actriz se ponga las rodillas perdidas de tinta. No; Conchita escribe sobre las cuartillas que lleva pilladas sobre un tablero pequeño, y este tablero es el que apoya sobre sus rodillas.

... Que le gusta muchísimo la pintura de Solana y que en el sitio de honor de la casa tiene colocado un cuadro de este famoso artista.

... Que no le divierte nada tener una máquina fotográfica y mucho menos llevarla a las excursiones, pues asegura que estropean todos los mejores momentos con eso de tenerse que estar quietos cada dos por tres para posar.

... Que por su trabajo en *Frente de Madrid*, su primera película, le dieron treinta mil pesetas.

... Que cuando estuvo en Hollywood, donde conoció a las más famosas estrellas, no se le ocurrió pensar ni por un momento trabajar en el cine.

... Que se encariña tanto con los personajes que vive en sus películas, que el último día de rodaje siente una gran pena al abandonar todo aquel mundo en que ha pensado y vivido como otra mujer.

... Que le divierte tanto trabajar en el cine, que no le importaría, si llegara el caso, hasta hacerlo gratis.

Vamos a ver: Conchita, póngase así, para ver desde esa ventana tan cinematográfica el día tan hermoso que hace: Un día de entrevistas



No sabemos cuál será la pregunta a que tiene ahora que responder Conchita; pero observen ustedes que ahora se ha puesto seria



El rincón más grato de la casa es éste, en que, bajo la mirada curiosa de la lámpara (porque las lámparas tienen miradas), Conchita Montes escribe una carta



«Travelling» de Conchita en esta escena del film fotográfico que se ha rodado en la casa de la estrella del cine español



Todavía no ha recobrado la sonrisa, que ha sido el mejor motivo para esta entrevista, a la que ha accedido la gran actriz con una amabilidad complaciente. Y eso que nuestro fotógrafo ha revuelto todos los muebles para sacar «planos»

... Que se conoce el Rastro tan bien como el Museo del Prado.

... Que está ilusionadísima con el papel que ha vivido en *Domingo de Carnaval*, de muchacha vendedora del Rastro.

... Que no se pierde una corrida de toros.

... Que tiene un magnífico piano antiguo, pero no para retratarse con él ni para poner fotografías encima, sino para interpretar deliciosas composiciones. Conchita Montes es una excelente pianista.

... Que es muy aficionada a la buena cocina.

... Que, a pesar de ello, tiene la suerte de conservarse a espléndida figura sin necesidad de someterse a ninguna dieta.

... Que le gusta montar a caballo, cazar y jugar al golf. Todo ello suavemente y de tarde en tarde.

Nuestro fotógrafo empieza a mirar a Conchita por la cerradura ambulante de su máquina. Mientras Conchita posa para PRIMER PLANO, sostiene los diálogos más divertidos, que dicen muy bien de su simpático humorismo. He aquí uno de ellos:

FOTÓGRAFO. — Conchita, procure adelantar un poco el pie izquierdo, porque no se le ve más que un pie.

CONCHITA. — ¡Ah! Hay que evitarlo. Yo soy pobre, pero no tanto.

Como no hay luz eléctrica para que el fotógrafo pueda trabajar con toda seguridad de éxito, se han elevado persianas y se han plegado fantasmas.

Tiene razón Conchita Montes en eso de que en cuanto hay por medio una máquina de retratar, se pierde la tranquilidad. Efectivamente, desde que nuestro fotógrafo se puso en movimiento, ha revolucionado toda la casa. Aquí subo una persiana, allí corro una butaca, aquí quito un cacharro con flores... etc..., etc... Lo importante es conseguir unas bonitas fotografías, aunque para ello sea preciso tirar un tabique. Ahora, que esta vez, teniendo por marco la armonía de este hogar y como figura la distinción y personalidad de Conchita Montes, estamos seguros del éxito. Y con esa seguridad nos despedimos alegremente de la feliz protagonista de *La vida en un hilo*.

Las blancas pantallas, esos árboles que Conchita Montes tiene colocados en el maravilloso paisaje de su casa y que son las que iluminan su noche con encantadora luz de luna, se quedan esperando pacientemente a que la savia de la electricidad sazone el fruto dorado de su bombilla.

Y ahora, combinación del espejo, la azada y ese jarrón en primer plano: Conchita Montes ha atendido las indicaciones del fotógrafo, que quería hacer un «cuadro». Y se fue al lector

SOFIA MORALES

(Fotos Montes)